

Charles Dickens

La señora Lirriper



Al morir su marido cubierto de deudas, la señora Lirriper abre una pensión en el 81 de la calle Norfolk, en Londres, para pagar a sus acreedores e iniciar una nueva vida. «Si las paredes de esta pensión pudiesen hablar [...] tendrían tantas cosas que contar...» Una extensa galería de personajes genuinamente dickensianos desfila por estas páginas, desde el doctor Goliath, «enciclopedia animada del conocimiento universal», hasta el doctor Bernard, que ayuda a los tristes y hastiados a quitarse la vida en unas lujosas cenas que anticipan El club de los suicidas de R. L. Stevenson. Historias cómicas, sentimentales, de fantasmas, de niños hambrientos y de fortunas enterradas componen el legado de la señora Lirriper. Dickens creó este personaje para su revista All the Year Round y animó a varios autores amigos, entre ellos Elizabeth Gaskell, a escribir las andanzas de sus huéspedes. La señora Lirriper (1863-1864) tuvo un éxito fulgurante: según Chesterton, Dickens «no hizo, literariamente hablando, nunca nada mejor» que esta «versión femenina del señor Pickwick».

NOTA AL TEXTO

En 1858, una pequeña desavenencia con los editores de la revista *Household Works*, que entonces dirigía el famoso escritor victoriano Charles Dickens, llevó a éste a concebir la idea de fundar una publicación periódica propia que pudiera controlar enteramente. Apenas un año después creó el semanario *All The Year Round*^[1], cuyo primer número se publicó el 30 de abril de 1859 e incluyó, entre otras cosas, la primera entrega de *Historia de dos ciudades*. La revista fue un éxito y siguió publicándose, aun después de la muerte del autor, hasta el año 1895.

Dickens publicaría por entregas varias de sus obras más conocidas en *All The Year Round* (por ejemplo, la ya citada *Historia de dos ciudades* y *Grandes esperanzas*) y daría además cabida en sus páginas a importantes obras de otros conocidos escritores de la época como Wilkie Collins (*La piedra lunar*, *La mujer de blanco*), Anthony Trollope (*The Duke's Children*) o Elizabeth Gaskell (*La bruja Lois*, *La mujer gris*).

Por otro lado, Dickens publicó varios libros de relatos escritos en colaboración con diversos autores que contribuían habitualmente con sus aportaciones en la revista, con motivo de la aparición de los números especiales de Navidad. El 3 de diciembre de 1863 vio la luz el número que incluía «La pensión de la señora Lirriper» (escrito en colaboración con Elizabeth Gaskell, Andrew Halliday, Edmund Yates, Amelia Edwards y Charles Collins) y un año más tarde, en el

número publicado el 1 de diciembre de 1864, apareció «La herencia de la señora Lirriper» (en el que participaron Charles Collins, Rosa Mulholland, Henry Spicer, Amelia Edwards y Hesba Stretton). Al final del presente volumen pueden leerse breves semblanzas biográficas de los autores de los relatos.

Esta traducción de «La señora Lirriper» está basada en los textos originales, tal como se publicaron en la revista *All The Year Round*, e incluye, por primera vez, todos los cuentos a los que dio pie ese personaje que, en opinión de G. K. Chesterton, era un estupendo correlato femenino del señor Pickwick y habría podido ser «una dignísima señora Pickwick».

MIGUEL TEMPRANO GARCÍA
Son Bauló, septiembre de 2009

LA PENSIÓN DE LA SEÑORA LIRRIPER

DE CÓMO LA SEÑORA LIRRIPER SACÓ ADELANTE EL NEGOCIO

CHARLES DICKENS

Querida, para mí es inconcebible que nadie, que no sea una mujer sola con necesidad de ganarse la vida, esté dispuesto a padecer los quebraderos de cabeza que supone regentar una pensión. Disculpa la familiaridad, pero me sale de forma natural en mi minúscula habitación, cada vez que me dispongo a abrir mi corazón a aquellos en quienes puedo confiar, y agradecería sinceramente poder hacerlo ante la humanidad entera, pero ése no es el caso: pon un cartel de «Se alquilan habitaciones amuebladas» y deja el reloj en la repisa de la chimenea y, como lo pierdas de vista un segundo, ya puedes despedirte de él, por muy educada que parezca la gente. Y que sean de tu mismo sexo tampoco es ninguna garantía, como bien sé gracias a unas pinzas para el azúcar, por aquella señora (y era toda una dama) que me hizo salir corriendo a por un vaso de agua, con la excusa de que tenía que guardar reposo, cosa que resultó cierta, aunque fuese en la comisaría.

He aquí mis señas: número 81 de la calle Norfolk, en el Strand, a medio camino entre la City y St. James, y a cinco minutos a pie de los principales lugares de diversión. He vivido de alquiler en esta casa muchos años, como demuestran los registros de la parroquia, y ojalá mi casero fuese tan consciente de ello como lo soy yo, pero no, pobre de

mí, antes está dispuesto a dejarse matar que a pagar medio kilo de pintura, o siquiera una teja en el tejado, aunque se lo pida de rodillas.

Querida, no creo que hayas visto el número 81 de la calle Norfolk, en el Strand, anunciado en la *Guía de Ferrocarril* de Bradshaw y, con el permiso del cielo, nunca lo harás. Hay quienes creen que no se humillan al rebajar así su nombre, y llegan al extremo de incluir un retrato de una casa que en nada se parece a la original, con un montón de ventanas y una diligencia con un tiro de cuatro caballos en la puerta^[2], pero lo que le parece bien a Wozenham un poco más abajo, al otro lado de la calle, no tiene por qué parecérmelo también a mí. La señorita Wozenham tiene sus opiniones y yo las mías, aunque, si se trata de bajar los precios sistemáticamente, como podría demostrar bajo juramento en los tribunales, en la forma de «si la señora Lirriper os cobra dieciocho chelines a la semana, yo os cobraré quince chelines y seis peniques», entonces sería cosa tuya y de tu conciencia, suponiendo, en pro de la argumentación, que te llamas Wozenham, cosa que sé muy bien que no es cierta, o mi opinión sobre ti empeoraría mucho. Y, en cuanto a lo de habitaciones ventiladas y portero de noche, cuanto menos se diga sobre el asunto tanto mejor, pues en las habitaciones el aire está viciado y el portero es un vicioso.

Hace cuarenta años que el pobre Lirriper y yo nos casamos en la iglesia de St. Clement's Danes, donde ahora dispongo de un banco muy cómodo, con compañía distinguida, y de mi propio cojín, y tengo preferencia por los servicios vespertinos, que no están tan concurridos. Mi pobre Lirriper era un hombre muy apuesto, de mirada radiante y una voz tan dulce como un instrumento musical hecho de miel y acero, aunque siempre fue un poco vividor, pues era viajante de comercio y transitaba por lo que él llamaba un camino de hornos de cal: «Un camino reseco, Emma, querida —decía mi buen Lirriper—, donde, para quitarme el pol-

vo, tengo que estar bebiendo todo el día y parte de la noche, y eso me fatiga mucho, Emma», motivo por el cual iba siempre con prisa a todas partes. Y también podría haber pasado a toda prisa por la barrera de peaje cuando aquel terrible caballo que no se estaba quieto ni un momento se desbocó, si no hubiese sido de noche y la barrera no hubiera estado cerrada, pero la rueda se enganchó, mi pobre Lirriper y su calesín acabaron reducidos a átomos y ya no volvió a pronunciar palabra. Era un hombre apuesto, de corazón jovial y temperamento dulce, pero, si por entonces se hubieran inventado ya las fotografías, nunca habrían podido dar razón de la dulzura de su voz, y, de hecho, considero que las fotografías, por regla general, carecen de gracia y hacen que parezcas un campo recién arado.

Mi pobre Lirriper tenía muchas deudas y, una vez entrado en la iglesia de Hatfield, en Hertfordshire, no porque ése fuese su lugar natal, sino porque le gustaba mucho la posada de Salisbury Arms, donde nos alojamos en nuestra noche de bodas y pasamos quince días muy felices, fui a ver a los acreedores y les dije: «Caballeros, sé que no tengo por qué responder de las deudas de mi difunto marido, pero quisiera pagarlas, pues soy su mujer legítima y su buen nombre es muy importante para mí. Pienso poner una pensión, caballeros, y, si el negocio prospera, les pagaré hasta el último penique que les debiera mi marido, en nombre del amor que siempre le profesé». Me costó mucho tiempo, pero lo hice, y la jarrita de leche de plata que, dicho sea entre nosotras, está debajo del colchón de mi habitación en el piso de arriba (de lo contrario habría desaparecido nada más colgar el cartel de «Se alquila»), y que me regalaron aquellos caballeros con la inscripción: «Para la señora Lirriper, como muestra de agradecimiento por su honorable conducta», me sorprendió y emocionó mucho, hasta que el señor Betley, que en aquella época tenía alquiladas las habitaciones del primer piso y era aficionado a las bromas, me dijo: «Alégrese, señora Lirriper, tendría usted

que sentirse como si hoy fuese el día de su bautizo y ellos sus padrinos y madrinas». Eso me hizo volver en mí, y no me importa confesarte, querida, que metí un bocadillo y un poco de jerez en una cestita y fui en el pescante de la diligencia al cementerio de Hatfield, me besé la mano y la puse sobre la tumba de mi marido con una especie de amor orgulloso y pleno, aunque me había costado tanto limpiar su nombre que mi anillo de boda estaba fino y pulido cuando rozó la hierba verde y ondulante.

Ahora soy vieja y mi belleza se ha marchitado, pero ésa soy yo, querida, la que ves encima del calentaplatos, tal como era en la época en que se pagaban dos guineas por un retrato en miniatura en marfil, y se corría todo un riesgo, pues una nunca sabía cómo iba a salir y había que tener cuidado de no dejarlo en cualquier sitio, porque la gente se confundía y ruborizaba pensando que se trataba de otra persona, y hubo una vez cierto caballero dedicado al negocio del lúpulo que apareció una mañana para pagarme el alquiler y presentarme sus respetos —tenía las habitaciones del segundo piso—, y quiso descolgarlo de la pared y meterse en el bolsillo de la pechera, ya imaginarás lo que significaba eso, querida, «por A. —dijo— al original»^[3], sólo que no había dulzura en su voz y no permití que se lo llevara, pero su opinión sobre el particular puedes deducirla del hecho de que le dijera al retrato: «¡Háblame, Emma!». Lo que sin duda no fue una observación muy racional, aunque no deja de ser un claro tributo al parecido, y yo misma creo que se parece a mí cuando era joven y vestía esa clase de corsé.

Pero de lo que yo quería hablarte es de la pensión y ciertamente algo debo de saber del negocio después de haberme dedicado a él tanto tiempo, pues perdí a mi pobre Lirriper a principios del segundo año de casada, y me instalé en Islington, y luego me vine aquí, lo que hace un total de dos casas, treinta y ocho años, algunas pérdidas y mucha experiencia.

Las criadas son tu primera prueba después de colocar los muebles, y es una prueba peor que la que yo llamo de los «cristianos errantes», aunque por qué razón se dedican éstos a recorrer la tierra mirando los carteles, y luego entran a ver las habitaciones, discuten las condiciones y se marchan sin alquilarlas, puesto que ya tienen lo que buscaban, es un misterio que agradecería que alguien me explicara alguna vez, suponiendo que, milagrosamente, sea posible hacerlo. Es increíble que vivan tanto y prosperen de ese modo, aunque supongo que el ejercicio debe de ser saludable, ir de casa en casa, llamar a las puertas y subir y bajar escaleras todo el día, además de fingir que uno es tan puntilloso y puntual resulta de lo más sorprendente. Miran el reloj y dicen: «¿Podría reservármela hasta pasado mañana a las once y veinte, y, en caso de que mi amigo de provincias lo considere imprescindible, poner una cama supletoria de hierro en la habitación pequeña del piso de arriba?». Pues bien, cuando era nueva en el negocio, querida, acostumbraba a pensarlo con calma antes de comprometerme y me angustiaba haciendo cálculos y luego me desazonaban enormemente las decepciones, pero ahora digo: «Desde luego, no se preocupe usted», sabiendo que se trata de un cristiano errante y que no volveré a verle el pelo; de hecho, a estas alturas conozco de vista a la mayoría de los cristianos errantes tan bien como ellos a mí, pues dichos individuos suelen dar la vuelta a Londres y regresan unas dos veces al año, y lo curioso es que se trata de un rasgo familiar y los hijos heredan sus usos y costumbres, pero, incluso si no los conociera, me bastaría con oír hablar del amigo de provincias, que es un indicio seguro, para asentir y decir para mis adentros: «Eres un cristiano errante», aunque no sabría decir si se trata (como me han contado) de personas de ciertos medios, que gustan de tener una ocupación regular, y de cambiar de sitio con frecuencia.

Las criadas, como había empezado a decirte, son uno de tus primeros problemas y también uno de los más dura-

deros: en eso se parecen a los dientes, que empiezan con convulsiones y no dejan de atormentarte desde el momento en que los echas hasta que tienes que sacártelos, y entonces no quieres separarte de ellos porque te dan lástima, pero todos tenemos que resignarnos o comprarlos postizos; e incluso cuando encontramos una muchacha con buena voluntad, nueve de cada diez veces tiene la cara sucia y, como es natural, los huéspedes de buena sociedad no quieren ver narices tiznadas o entrecejos sucios. De dónde sacan el tizne es un misterio irresoluble, como en el caso de la chica más servicial que he tenido, que llegó medio muerta de hambre, la pobre, y era tan servicial que la llamaba «Sophy, la Servicial», se pasaba el día de rodillas fregando el suelo y siempre estaba alegre, pero siempre sonreía con la cara sucia. Así que le dije: «Sophy, hija mía, escoge un día fijo para limpiar los fogones y apártate del tizne, no cepilles la base de las cazuelas con el pelo y deja en paz las mechas de las velas, y ya verás cómo no te vuelve a pasar». Pero ahí siguió la mancha en la nariz, y, cuando se volvía y te sonreía, casi parecía jactarse de ello, y motivó las quejas de un caballero muy serio y excelente huésped, con desayuno y derecho a emplear el salón siempre que fuese necesario; era un hombre un poco irritable, y sus palabras fueron: «Señora Lirriper, he llegado al punto de admitir que el negro es un hombre y un hermano, pero sólo en su forma natural y cuando uno no puede librarse de él»^[4]. Así que, en consecuencia, dediqué a Sophy a otros trabajos y le prohibí abrir la puerta o responder al timbre bajo ninguna circunstancia, pero por desdicha era tan servicial que no había forma de impedir que saliera disparada por las escaleras de la cocina nada más oír tintinear uno. Le pregunté: «Por el amor de Dios, Sophy, ¿de dónde sacas todo ese tizne?». Y la pobre, desdichada y servicial criatura rompió a llorar al verme tan enfadada y replicó: «De pequeña nadie me cuidaba y me tizné muchas veces y creo que ahora me debe de estar saliendo todo». Y, como siguiera saliéndole a

la pobre criatura y no tenía otro defecto que reprocharle, le dije: «Sophy, ¿qué te parecería si te ayudase a emigrar a Nueva Gales del Sur, donde tal vez no se te note tanto?». Nunca me arrepentí de haberle dado aquel dinero tan bien gastado, pues durante el viaje se casó con el cocinero del barco (que era a su vez mulato) y por lo visto le fueron bien las cosas y vivió feliz, y, según me dijeron después, en aquella nueva sociedad nadie volvió a reparar en el tizne hasta el día de su muerte.

De qué modo la señorita Wozenham, un poco más abajo, al otro lado de la calle, logró con su sentido del honor (del que por otra parte carece) engatusar a Mary Anne Perkinsop y hacer que dejara mi casa y fuese a trabajar para ella, sólo ella lo sabe. Ignoro, y renuncio a saber, cómo se forman las opiniones sobre cualquier particular en casa de la señorita Wozenham. Pero Mary Anne Perkinsop, aunque me portase tan bien con ella y ella se portara tan mal conmigo, valía su peso en oro a la hora de intimidar a los huéspedes sin espantarlos, pues llamaban menos al timbre con Mary Anne que con ninguna otra criada o doncella que haya tenido, y eso es un gran triunfo, sobre todo siendo bizca y un saco de huesos, pero lo principal era la firmeza con que los trataba a raíz del fracaso de su padre en la charcutería. Mary Anne tenía un aspecto tan respetable y una moralidad tan estricta que se impuso al caballero más aficionado a pedir té con azúcar (piénsese que ella pesaba ambas cosas con una balanza cada mañana) con quien me las he visto jamás y lo dejó más manso que un corderito. Después me contaron que la señorita Wozenham pasó un día por la puerta de la pensión y vio a Mary Anne comprándole leche a un lechero que piropeaba a todas las chicas de la calle (y no seré yo quien se lo reproche), pero que, en su presencia, se quedaba rígido como la estatua de Charing Cross; entonces la señorita Wozenham comprendió el valor de Mary Anne en el negocio de las habitaciones de alquiler y llegó a ofrecerle hasta una libra más al trimestre. En con-

secuencia, Mary Anne, sin que hubiésemos cruzado una palabra, dijo: «Señora Lirriper, si tiene usted a bien buscar a alguien que me sustituya de aquí a un mes por mi parte no tengo inconveniente», cosa que me ofendió y así se lo hice saber, y ella me ofendió aún más insinuando que el fracaso de su padre en la charcutería la había obligado a portarse así.

Querida, te aseguro que resulta agotador decidir a qué clase de criadas dar preferencia, porque si son despiertas se les fatigan las piernas de tanto responder al timbre, y si son perezosas eres tú quien se fatiga de tantas quejas, y si tienen los ojos vivos siempre encuentran quien las corteje, y si van bien vestidas se quieren probar los sombreros de las inquilinas, y si son musicales desafío a cualquiera a que las aleje de organillos y bandas de música, y por muy distinto que sea lo que tengan unas y otras en la cabeza siempre la asomarán por la ventana. Y luego lo que complace a los caballeros disgusta a las damas, y es una fuente de inquietudes para todos, y además está la cuestión del carácter, aunque espero que no haya muchas que tengan tanto como Caroline Maxey. Caroline era una chica guapa de ojos negros y muy atractiva cuando se enfadaba, como ocurrió por primera y última vez por culpa de una pareja de recién casados que habían venido a visitar Londres y se alojaron en el primer piso; la dama era muy altiva y es de suponer que le irritase la belleza de Caroline —de la que ella no estaba precisamente muy sobrada— y la tratase mal, aunque eso no sea excusa. El caso es que, una tarde, Caroline entró roja de ira en la cocina y me dijo:

—Señora Lirriper, la señora del primer piso me ha ofendido de forma intolerable.

—Contente, Caroline —respondí yo.

—¿Que me contenga? —replicó con una risa que helaba la sangre—. ¿Que me contenga? Tiene usted razón, señora Lirriper, eso voy a hacer. ¡Contenerme! —exclamó (cualquiera podría haberme enviado al centro de la Tierra

con sólo rozarme con una pluma, cuando la oí)—. ¡Le voy a enseñar cómo soy yo cuando me contengo!

Caroline soltó un grito, echó a correr escaleras arriba y yo la seguí tan rápido como me lo permitieron mis temblorosas piernas, pero, antes de que me diese tiempo a entrar en la habitación, tiró del mantel y el servicio de té blanco y rosa fue a parar al suelo con gran estrépito y los recién casados cayeron de espaldas contra la chimenea, él con la pala del pescado, las pinzas y un plato de pepinos encima, y menos mal que era verano. «Caroline —le dije—, cálmate», pero ella me arrancó la cofia y la desgarró a dentelladas, luego se abalanzó sobre la dama recién casada y la convirtió en un amasijo de cintas y telas rotas, la cogió de las orejas y le golpeó la nuca contra la alfombra. Gritos de «asesinato», la policía que llega corriendo por la calle, y las ventanas de Wozenham (juzga tú misma lo que sentí al enterarme) abiertas de par en par y la señorita Wozenham gritando desde el balcón con lágrimas de cocodrilo: «Es la señora Lirriper, debe de haber sacado a alguien de sus casillas al presentarle la factura... La asesinarán... Siempre supe que acabaría así... ¡Sálvenla, policías!». ¡Ay!, querida, cuatro había, y Caroline atrincherada detrás de la cómoda y defendiéndose con el atizador, y, cuando por fin lograron desarmarla, siguió a puñetazo limpio. Sin embargo, yo no podía tolerar que trataran a la pobre criatura con tanta rudeza ni que le tirasen del pelo cuando lograron dominarla y les dije: «Señores policías, recuerden que es del mismo sexo que sus madres, novias y hermanas, ¡Dios las bendiga a ellas y a ustedes!». Y la tenían, esposada en el suelo, recobrando el aliento contra el zócalo y ellos muy serios con las chaquetas desgarradas, y lo único que dijo fue: «Señora Lirriper, no sabe cuánto siento haberla golpeado a usted, que siempre ha sido tan maternal», y eso me hizo pensar que muchas veces había querido yo tener hijos, ¡y en cómo me habría sentido de haber sido la madre de aquella chica! Pues bien, una vez en comisaría, resultó que no era la primera vez, así que le

quitaron la ropa y la mandaron a la cárcel, y cuando le llegó el momento de salir, allá que me fui una tarde, a esperarla a la puerta de la prisión con un poco de gelatina en mi cesta para darle fuerzas con las que enfrentarse otra vez al mundo, y conocí a una madre muy decente que, por culpa de las malas compañías, estaba esperando a que soltaran a su hijo, que resultó ser un mozo muy obstinado que llevaba las botas sin atar. Luego salió Caroline y le dije:

—Caroline, ven conmigo, sentémonos junto a aquella tapia de allí, donde estaremos tranquilas y comeremos unas cosas que he traído para que cobres ánimos.

Ella me echó los brazos al cuello y respondió entre sollozos:

—¡Oh!, ¿por qué no habrá sido usted madre, con las madres que andan por ahí? —Y no había pasado medio minuto cuando se echó a reír y preguntó—: ¿De verdad le hice pedazos la cofia? —Y, cuando le contesté: «Desde luego que sí, Caroline», volvió a echarse a reír y replicó mientras me daba palmaditas en la cara—: ¿Y por qué, buena mujer, lleva usted esas cofias tan anticuadas?

¡Imagínate qué chica! No pude sacarle lo que pensaba hacer, salvo, ¡oh!, que ya se las arreglaría, y se despidió muy agradecida y besándome las manos. No volví a oír ni a saber nada de la chica, aunque siempre creeré que una preciosa cofia que me llegó anónimamente un sábado por la noche, en una bolsa de lona encerada, por medio de un impertinente mozalbete que pisó con los zapatos sucios la escalera limpia mientras tocaba el arpa con un palo en los barrotes de la barandilla, era de Caroline.

No tengo palabras para describirte, querida, las suspicacias a las que se enfrenta una al entrar en el negocio del alquiler de habitaciones, pero nunca he sido tan poco honrada como para tener dos juegos de llaves, ni quiero pensar que los tenga siquiera la señorita Wozenham, un poco más abajo, al otro lado de la calle, y espero que así sea, aunque no cabe duda de que el dinero tiene que salir de alguna